

JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO

# DIÁLOGOS DE PASIÓN

CUARTA EDICIÓN AUMENTADA

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2019

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2006  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

Imágenes digitales de cubierta e interiores realizadas  
por Christian Hugo Martín para Ediciones Sígueme

ISBN: 978-84-301-2024-6  
Depósito legal: S. 2-2019  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprenta Kadmos, Salamanca

# CONTENIDO

<i>Preguntas para el alma</i> .....	9
DIÁLOGOS DE PASIÓN .....	13
1. Hablan María y Jesús .....	15
2. Hablan Judas y Jesús .....	19
3. Hablan Caifás y Jesús .....	25
4. Hablan Lázaro y Jesús .....	31
5. Habla Jesús a Juan .....	35
6. Hablan Pedro y Jesús .....	39
7. Hablan Barrabás y Jesús .....	43
8. Habla Herodes .....	49
9. Hablan Nicodemo y Jesús .....	53
10. Hablan Satanás y Cristo .....	59
11. Hablan Jesús y el Padre .....	63
LA PASIÓN DEL HOMBRE DE HOY .....	69
ALGUNAS RAZONES SOBRE LA PASIÓN DE JESÚS ..	95
<i>Procedencia de las Razones</i> .....	96
No somos dioses .....	97
Jueves Santo: la hora del vértigo .....	101

La cruz y el bostezo .....	109
El grito .....	115
Ante el Cristo muerto de Holbein .....	123
Un campo sembrado de futuro .....	129
Alegría pascual .....	133
<i>Epílogo</i> .....	137

## PREGUNTAS PARA EL ALMA

Cada día me obsesiona más el misterio de Cristo, quiero decir: el misterio de su personalidad, el de sus dos naturalezas.

En la vida, todos los cristianos decimos muchas veces: «Cristo es Dios», o: «Dios se ha hecho hombre en Cristo». Y lo decimos tan tranquilos, como si acabásemos de asegurar que «este invierno ha hecho mucho frío» o que «París es la capital de Francia». Pero eso no estremece nuestro corazón, ni hace resquebrajarse nuestro entendimiento. Lo hemos dicho tantas veces que ya ni lo pensamos. Lo creemos, pero apenas significa gran cosa para nosotros.

Pero yo, lo confieso, sigo sin acostumbrarme a ello. Y cada vez que vuelvo a pensar o escribir sobre Él, se me puebla el alma de interrogantes: ¿Qué pudo significar eso de ser hombre y ser Dios al mismo tiempo?

Yo no soy un teólogo y me planteo el problema más antropológica o poéticamente que desde los puntos de vista de la teología. Pero me gustaría saber cómo experimentó el hombre Jesús su conciencia de divinidad; cómo fue descubriéndola, sin duda progresivamente; cómo entendió su muerte, Él, que era eterno; qué pensó de la condición humana, esa de la que dice la liturgia que «no se avergonzó»; qué sentía al ver que sus amigos se enamoraban de sus mujeres; cómo vivió la herida del tiempo; cómo fue aceptando su destino de redentor a través del dolor; qué pensaba de la belleza de este mundo que Él, como Dios, había creado; ¿se arrepintió alguna vez de haber creado al hombre?; ¿le dolía la muerte de sus semejantes sabiendo que Él podía impedirla?; ¿por qué le tenía aquella especie de miedo a los milagros?

Preguntas, preguntas, infinitas preguntas que, probablemente, no tendrán jamás respuesta en este mundo.

Preguntas que a mí me inquietan, sobre todo desde el punto de vista estético y poético. Porque ¿hay algo en el mundo que abra horizontes más hondos y profundos para el escarceo del investigador estético? La poesía es siempre un esfuerzo por asomarse al misterio. Es, como decía Rainer M. Rilke, «la cantidad de lo misterioso que el hom-

bre puede soportar». Más allá queda la locura. O el vértigo mental. Pero ¿cómo es posible que los grandes poetas no se hayan inclinado sobre esos abismos del alma humano-divina de Cristo? Se han hecho sobre Él poemas hermosísimos. Pero todos partiendo del principio de la fe o la increencia. No desde el asombro ante esas simas.

Ese imposible, esa semi-locura es lo que yo he intentado con mis «Apócrifos», con los cuatro anteriores (*Apócrifo*, *Apócrifo del domingo*, *El joven Dios* y *Apócrifo de María*) y con este quinto que el lector tiene en sus manos.

Esta vez he querido acercarme a los días que preceden a la Pasión de Cristo. ¿Qué sintieron Él y los que le rodeaban ante esa muerte del inmortal que iban a vivir? ¿Temió Jesús que le malograsen la obra-Iglesia que había construido? ¿Cómo sintió la traición de sus amigos? ¿En algún momento le rondó un sucio deseo de violencia? Y los que le rodeaban (María, Judas, Caifás, Lázaro, Juan, Pedro, Barrabás, Herodes, Nicodemo) ¿llegaron a levantar el velo del sentido de lo que iban a presenciar? Y ¿cómo lo vieron los dos grandes personajes que no eran de este mundo, Satanás y el Padre?

He querido acercarme a estas preguntas a través de los once diálogos que forman este quinto Apócrifo, que, como los anteriores, podría subtitularse

—y se habría subtulado, si no me pareciera presuntuoso— «Investigación sobre el misterio de las dos naturalezas».

La figura de los nueve personajes que aparecen en estos *Diálogos* es, en fin, un antetipo de la nuestra: también nosotros veinte siglos después seguimos buscando a Jesús y preguntándonos quién es. Quién es, sobre todo, para nosotros. Cómo podemos y debemos amarle.

De ahí que este libro sea poesía o teatro, pero también mucho más: una serie de interrogantes para el alma de quien lea estas páginas. Porque, en definitiva, en Jesús nos jugamos nuestro destino, nuestra vida. De nuestra respuesta a las preguntas que Él plantea a nuestras almas depende, nada menos, nuestra salvación como seres humanos y como cristianos.

Ojalá estos *Diálogos de Pasión* susciten en sus lectores un diálogo que no está en este libro: el que cada uno de nosotros debe mantener con ese Dios-hombre en quien creemos.

# DIÁLOGOS DE PASIÓN



Cuando se acercaba la última Pascua  
que Él habría de celebrar en este mundo,  
Jesús habló y habló con algunos  
de los que en sus horas finales le rodearían.  
Estos pudieron ser algunos de esos diálogos  
en tradición apócrifa.

DIÁLOGO PRIMERO  
HABLAN MARÍA Y JESÚS

MARÍA: ¿Ocurre algo, hijo?

JESÚS: Ocurre que he sentido  
un ala negra golpeando mi rostro,  
un látigo de hielo, una caliente  
bofetada amarga de ceniza.  
Era cual si, de pronto,  
faltara un escalón en la escalera  
y te quedaras colgando  
sin acabar de caer ni sostenerte,  
mientras un buitre negro te picotea el alma.  
¿Estaba en la antesala de la muerte?

MARÍA: Hace ya muchos años, hijo, que yo conozco  
ese desierto.  
Ser hombre es presentirlo  
y ser mujer sentirlo doblemente.  
Cuando engendras un hijo te crees, por un mo-  
mento, fabricante de vida,  
pero los mismos alaridos del parto

te dicen que es muerte lo que engendras,  
que das a luz lo fugitivo  
y que te salen del vientre trozos de vida y muerte  
barajados.

Todas las madres saben que dan a luz aprendices  
de muerto.

Mas yo creí que, al menos tú, serías distinto.  
Si nace un Dios, ¿por qué ha de ser mortal?

JESÚS: No se hace uno hombre a trozos:  
anonadarse  
no es bajar del caballo de Dios  
y seguir siendo un Dios invulnerable.  
Es hacerse miseria,  
agachar la cabeza  
y pasar por los yugos y las grietas  
en los que el hombre deja su sangre encadenada.  
Si me gusta ser hombre  
no es que ignore que su entraña es la muerte.  
Lo sabía estando ya en tu seno.

MARÍA: Yo no, hijo. Esperaba  
que el hombre entendería  
y que habría un atajo para salvar sin muerte.

JESÚS: Eso no es posible, madre.  
El mal es duro. Y sólo  
a golpes de auténtico dolor puede resquebrajarse.

No basta simular un combate  
y decirte: «Mañana resucitaré»,  
como quien traga un vaso de ricino.  
No. Morir es morirse,  
sin trampa ni cartón, sin tramoyas teatrales  
o pensando: «Bebámoslo, mañana vendrá el sol».  
Hay que entrar en el túnel  
a contracorazón,  
creyendo (pero sin saberlo) que hay luz al otro  
lado.

MARÍA: Entonces ¿la fe también es necesaria  
para ti?

JESÚS: También. Sé que entraré en la muerte como  
un hombre desnudo,  
que gritaré en la cruz sin saber Quién está al  
otro lado,  
o sin saber siquiera si hay alguien.  
Yo no puedo ser un Dios camuflado  
que engatusa con simulada fe de pacotilla.

MARÍA: ¿Por eso tienes miedo?

JESÚS: Ser hombre es solamente  
tener unas pocas certezas,  
tres o cuatro.

*Diálogo primero*

O tal vez una sola: la de saberse amado.  
Saber que, aunque la muerte fuera inútil,  
alguien nos amará,  
alguien del cielo o de la tierra.

MARÍA: Yo te amaré siempre, hijo.

JESÚS: Lo sé, y eso me bastaría  
para subir tranquilo hasta la cruz.  
Y sé que Él también me ama,  
pero ¡qué difícil  
este Padre  
que no sabe abrazarte  
si llegas hasta Él solo!